



Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final

“El paradigma de Salud Mental: un abordaje complejo desde los cinco discursos elaborados por Lacan”

Modalidad: Ensayo
Autora: María Emilia Giménez
Legajo: G-5312/1
DNI: 38.289.999
Docente responsable: Melina Heinrich
Mail: m.e.g@ive.com.ar

Índice

1 Resumen	4	2
Introducción.....	5	3
Desarrollo	7	
3.1 El discurso lacaniano.....	7	3.2
El paradigma de Salud Mental.....	10	3.3 La
actualidad del lazo social	12	3.4 La
función disruptiva del inconsciente.....	14	3.5 La
operación analítica en el paradigma de Salud Mental.....	15	3.6
<i>Ethos</i> , Saber y Técnica.....	19	
4 Conclusiones	23	5
Referencias bibliográficas.....	25	

1 Resumen

El presente Trabajo Integrador Final plantea la indagación del paradigma de Salud Mental bajo los cinco discursos contruidos por Lacan. Para lograr el análisis conjunto de estas dos nociones se precisan inferencias en distintas instancias y niveles: comprender qué es el discurso lacaniano y sus variantes; caracterizar el paradigma de Salud Mental y las condiciones históricas y actuales de la sociedad que permiten el despliegue particular del paradigma, y la operación analítica consecuente. Definir la operación analítica implica, a su vez, interrogar al psicoanálisis y sus elementos: el inconsciente y el rol que cumple el profesional analista. Todas estas razones explican que el paradigma de Salud Mental permite el entendimiento cabal de la operación analítica, que se establece a través del conocimiento de los límites de la propia disciplina, comprendiendo la interdiscursividad de los saberes.

Palabras clave

2 Introducción

El presente Trabajo Integrador Final aborda el paradigma de Salud Mental desde la noción de discurso pos estructuralista construida por Lacan (2008). En este sentido, se puede hablar de la noción de un discurso que no está hecho de palabras, pero que conforma una estructura sustentada por el lenguaje y que, por lo tanto, se dirige hacia un más allá de las enunciaciones efectivas.

En el paradigma de Salud Mental se encuentran elementos que, en su relación con dicho paradigma, ponen en tensión su carácter reformista. Me refiero a las condiciones económicas y políticas de la sociedad. Y, la creación del paradigma de Salud Mental se configura como un nuevo ámbito de prácticas y teorías que, habiendo comenzado a fines de la Segunda Guerra Mundial al cuestionar la hegemonía biologicista del padecimiento mental, resulta interpelado en la actualidad por un saber psiquiátrico. Dicho saber se reconvierte en aquello que Galende (1994) entiende es la psiquiatrización de la relación humana, en la que los nuevos padecientes comparten características más leves que las del *loco* de siglos anteriores y, es amparado por un tipo de Discurso Capitalista (Lacan, 1972) donde la ciencia se transforma en un instrumento del mercado.

Es en este sentido, y a partir de estos elementos presentes en el paradigma de Salud Mental que ponen en cuestión su carácter reformador, que puede ser analizado bajo la lógica de los discursos construidos por Lacan. Estas conceptualizaciones siguen las líneas del pos estructuralismo; proyecto que, con sus heterogéneas teorizaciones, plantea el punto en común de un programa anti-esencialista que construye estructuras formalizables y atravesadas por la noción de lo histórico-social, representación entendida como una multiplicidad de fuerzas que pueden ser articulables (Tonkonoff, 2021).

Lo construido particularmente por Lacan en el marco de ese programa y en relación al discurso, a fines de la década de los '60, permite abarcar estas relaciones complejas de la Salud Mental en ese nivel: no el de la intersubjetividad, sino el de relaciones más o menos estables, que amplían el panorama de investigación desde la lógica del uno a uno hacia una visión macrosocial. Son los cinco discursos planteados por Lacan: Amo, Universitario, Histórica, Analista y Capitalista, los que permitirán entender cómo se emplaza el ámbito de la Salud Mental en la actualidad.

De esta manera, propongo una serie de inferencias en relación a los discursos que me permitirán detener en un punto de encuentro entre el paradigma de la Salud Mental y la configuración de la estructura social actual. En el caso de la noción de Discurso del Amo Antiguo que Lacan desarrolla (2016), este está representado por el dominio de la medicina mental, que despoja al esclavo -el loco- de su saber, estatuye ese saber en una episteme y, una vez eclipsado el esclavo, se instituye el Discurso del Amo Moderno, capaz de transmitir ese saber, discurso también denominado Universitario.

Los tiempos actuales habitan el Discurso Capitalista (Lacan, 2016), donde el esclavo no es el antiguo loco, el *visiblemente loco*, sino que es sustituido por todo individuo que consume y es consumible como otro, en el entramado social. Y se ve cómo el Discurso Capitalista retoma los imperativos del Discurso del Amo: normalizando prácticas de consumo, como las psicofarmacológicas, que interceptan y formatean al individuo en una nueva subjetividad posmoderna, posicionando a la Salud Mental en el

intersticio entre esos discursos, cuestionándolos, pero no pudiendo erradicarlos.

Finalmente, una cuestión fundamental que indagaré será la inserción asumida por el profesional en la práctica en Salud Mental. Considerando las singularidades de la época actual, y para abreviar en una posición que se condice con la Salud Mental, el profesional debería poder ampararse en una concepción de clínica ampliada, noción construida por De Sousa Campos (2001) como una clínica psicoanalítica del sujeto que dispone de la

6

interdiscursividad, para comprender las vicisitudes propias de la cultura y la sociedad, cuestiones que convergen directamente en el sujeto.

Posicionamiento crucial para el profesional de la Salud Mental, al no ser excluyentemente biologizante el padecimiento, ya que apunta a la complejidad del sujeto inmerso en un entorno volátil, y que indefectiblemente se asienta en el Discurso del Analista (Lacan, 2008), al entender al sujeto como dividido, inaprensible de ser interpretado por lógicas objetualizantes y unidimensionales, en contrapartida al Discurso Capitalista, donde el sujeto es un objeto más, en una sociedad de consumo.

La búsqueda de antecedentes realizada se resume en artículos que relacionan los discursos de Lacan con la contemporaneidad, o que aportan elementos para abreviar a una teoría del discurso. No se han encontrado antecedentes que se adentren de modo directo en una relación entre los cinco discursos y el paradigma de Salud Mental. Así, en “El discurso capitalista y el goce de lo que se consume: Lacan y la cultura contemporánea” (Dipaola y Lutereau, 2015), los autores realizan una aproximación de los cuatro discursos y el Discurso Capitalista, propuestos por Lacan en su *Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis* y en la “Conferencia en Milán”, respectivamente; además, se hace particular uso del Discurso Capitalista como un elemento para analizar la sociedad actual. “Aportes de Lacan a una teoría del discurso” (Savio, 2015) desarrolla los elementos que Lacan, en el mencionado seminario, construye con respecto a la noción de discurso, contribuyendo con un aspecto necesario para una teoría más general del discurso.

Bajo estas características propongo como objetivo del TIF problematizar el paradigma de Salud Mental desde la teoría de los discursos de Lacan en la sociedad contemporánea. Es decir, si primeramente se presentó una reformulación en las prácticas del padecimiento psíquico (Amarante, 2006) que cuestionó las prácticas psiquiátricas, emergiendo en los años de posguerra el paradigma de Salud Mental, como es denominado por Galende (1997), este trabajo enfatiza el segundo arco de la historia que, con el discernimiento de los cinco discursos de Lacan, posibilita cuestionar la característica reformadora del paradigma.

En este sentido, la premisa de este Trabajo Integrador Final implica considerar que el paradigma de Salud Mental representa un hiato con respecto a los discursos Capitalista y del Amo. Y a partir de este hiato entiendo que, por un lado, las lógicas de los Discursos Capitalista y del Amo, si bien son ineludibles para comprenderlo, obstaculizan la plena realización del paradigma de Salud Mental. Al mismo tiempo, y, por otro lado, se trata también de entender cómo este paradigma implica un escollo para la instalación de una dimensión cabalmente biologizante del padecimiento subjetivo.

En definitiva, estos aspectos, estas obstaculizaciones recíprocas, dan lugar a un campo en constante tensión: los discursos del Amo y Capitalista operan a nivel de la objetivación de la persona, en detrimento de sus condiciones de realización subjetiva; mientras, en el intersticio de dichos discursos, puede tener lugar el Discurso Analítico, que los critica, proponiendo intervenciones que operan en disidencia. Esta operación analítica podría ser considerada como un elemento esencial para la revisión del paradigma de la Salud Mental.

7

3 Desarrollo

3.1 El discurso lacaniano

La indagación sobre la dimensión del paradigma de Salud Mental, anclada en los cinco discursos de Lacan, da cuenta de un análisis del psicoanálisis que se extiende en los caminos de lo social, como un recurso que permite la investigación y caracterización de los fenómenos de la sociedad que representan, a un mismo tiempo, parte de la multidimensionalidad que pudiera expresar un sujeto en la clásica terapia psicoanalítica. Esto ya había sido manifestado por Freud (1992a), al describir la clínica como una de las posibles formas del Psicoanálisis y, tal vez, no la más importante.

Se evidencia de esta manera, la consideración por parte del fundador del psicoanálisis de llevar su obra hacia otros registros, siendo además oportuno recordar que no es indispensable la presencia de un analista para que algo de la subjetividad se produzca (Alvarez, 2003). Las condiciones de la subjetividad exceden al individuo: tanto las transformaciones de la sociedad y los cambios del Estado, como las caracterizaciones de la subjetividad y la individualidad, son parte de un mismo proceso, y responden a una misma lógica que requiere un desentrañamiento conjunto (Galende, 1997).

No se trata, sin embargo, de captar al Psicoanálisis en una concepción del mundo, convertirlo en una traducción deslucida de lo que ocurre en el clásico dispositivo psicoanalítico, como tal vez se podría pensar. Formulado oportunamente, es un discurso válido para el análisis de aquellos acontecimientos complejos e ininteligibles de la sociedad y sus componentes. Diferentes autores han intentado hacerlo; autores entre los que evidentemente se encuentra Jacques Lacan, quien ha desarrollado fundamentos teóricos y trazado conexiones entre el psicoanálisis y la sociedad, sobre todo a partir de fines de la década de los sesenta.

Más precisamente en 1968, en su *Seminario 16: De un Otro al otro*, Lacan (2021) comienza a explorar un Psicoanálisis que, si bien hasta el momento había tenido el acento predominante en el significante, ahora su interés renovado decanta en una construcción que lo une al concepto de discurso: “La esencia de la teoría psicoanalítica es un *discurso sin palabras* [las cursivas son del original]” (p.14). Es, a su vez, una lógica que se aleja de un único discurso o de un universo del discurso, y que explicita la noción de discurso como una formalización lógica algebraica del lazo social (Alvarez, 2003), al permitir examinar rasgos de la sociedad a través de operaciones y términos.

El discurso, como manifiesta Lacan (2008), se encuentra en relación al lenguaje y se desliga del universo de la palabra debido a que, por un lado, se mantiene en estructuras fundamentales que se inscriben más allá de lo enunciado concretamente y que no pueden mantenerse sin el lenguaje, ya que no podrían existir sin la relación fundamental de un significante con otro significante. Pero, por otro lado, es también característico de los discursos el trascender el universo de la palabra -y, por ende, de su sentido-, ya que “es nuestra conducta, nuestros actos, los que se inscriben en el marco de ciertos enunciados primordiales” (p.11), es decir que el discurso implica más que la palabra.

En este momento de su desarrollo, el concepto de discurso adquiere una importancia en la obra de Lacan tal vez igual a la que tuviera en sus primeros seminarios la noción de significante. El discurso le permite abordar la subjetividad, dilatando la atomización del lazo social en la problemática del sujeto, situándola en una articulación históricamente trascendental.

Cada uno de los cuatro discursos que Lacan (2008) propone en el *Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis*, del año 1969, es presentado primariamente a través de matemáticas de cuatro elementos, ellos son: significante amo (S_1), significante saber (S_2), objeto a (a) y

8

sujeto barrado ($\$$). Estos elementos se disponen espacialmente en un cuatripodo del discurso, dependiendo del discurso que encarnen, en lugares inamovibles: agente, otro, producto (o producción) y verdad.

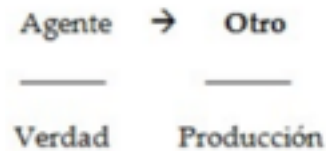


Figura 1. Denominación y ubicación de los lugares en su matema del discurso

De este modo, los cuatro discursos que el psicoanalista francés propone se denominan Discurso del Amo, Discurso del Universitario, Discurso de la Histérica y Discurso del Analista. Y, teniendo en cuenta los lugares y elementos, se escriben de la siguiente manera:

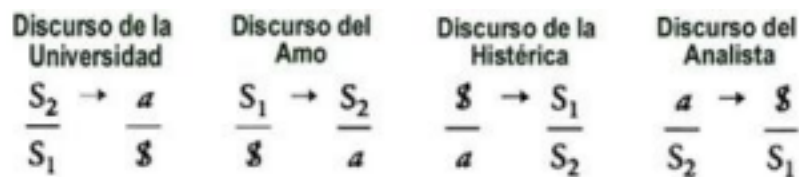


Figura 2. Los matemáticos de los discursos lacanianos

Otra cuestión a destacar es que los elementos de los matemáticos pueden dar cuartos de vuelta progresivamente para formar otro discurso. Es así que, al observar los discursos, por ejemplo, del Universitario y el Amo, el S_2 del Universitario da un cuarto de vuelta progresivamente al lugar del otro del Discurso del Amo para formarlo, y así corresponde esa tendencia con cada uno de los demás elementos.

En primera instancia, resultan ser cuatro los discursos ya que ninguno de ellos está en condiciones de dar cuenta de la realidad en su totalidad, sino que funcionan como lecturas u ordenamientos que permiten configurar de determinada manera la causa, es decir, otorgarle una forma a un vacío (Alvarez, 2003), encontrando, desde allí, la posibilidad de producir, cada uno de ellos, un sentido fundamental. Es por esta razón que Lacan había negado la existencia de un universo del discurso; lo que existe son varios discursos que conforman lazos sociales, los cuales dejan inferir una causa particular con respecto al funcionamiento de los acontecimientos sociales y, dentro de ellos, la subjetividad.

Para poder leer estos acontecimientos sociales, los elementos de los matemáticos se mueven progresivamente. Generalmente lo hacen comenzando desde el agente, con la excepción de la direccionalidad del lugar de la producción, que no puede estar en conexión con el de la verdad, hecho que implica la imposibilidad de que la estructura de un discurso se cierre sobre sí misma, evidenciando la fisura en el discurso (Assoun, 1989). Siguiendo esta lógica, la producción determina al agente y la verdad al otro. De esta manera, la vectorización de los matemáticos se establece así:

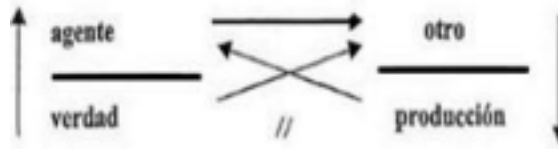


Figura 3. Vectorización del matema del discurso

Así, el matema del Discurso del Amo es caracterizado por Lacan (2008) al argumentar que el significante amo (S_1) es el agente cuya esencia es el amo antiguo, aquel que se relaciona con un saber (S_2) que le es expropiado al esclavo (a). Es que el esclavo es el auténtico dueño del saber, un saber-hacer en verdad, ya que será transformado en episteme por el amo antiguo. Este, por su parte, desconoce la verdad de su determinación, que es la división del sujeto ($\$$).

El Discurso de la Universidad, que no se restringe a la institución referenciada, representa la hegemonía del saber, un todo-saber que representa una suerte de regresión del Discurso del Amo y, por ende, implica su modernización (Savio, 2015). Es por esa razón que el significante saber (S_2) está en el lugar del agente, mientras el universitario (el elemento a) ocupa el lugar del otro en el matema, emplazamiento determinado por el dominio de la verdad, ocupado por el amo (S_1). Como resultado, la verdad aparece aplastada por el amo, consolidando al universitario en el mandamiento de seguir sabiendo, resguardando y transmitiendo la obra de los autores canónicos.

En el Discurso de la Histórica, el sujeto barrado ($\$$) se ubica en lugar del agente, quien busca el significante amo (S_1), fundamental para su estructura subjetiva debido a que el sujeto histórico es “el inconsciente en ejercicio, que pone al amo al pie del muro de producir un saber” (Lacan, 2012, p.460). Este saber (S_2) se encuentra en la dimensión del producto y, en la verdad, está el objeto a (a) porque es el sujeto el que deviene en causa del deseo para el otro.

En cuanto al Discurso del Analista, el objeto a (a) es el analista, emplazado como agente de la causa del deseo. Según Savio (2015), para Lacan el analista hace lugar a la suposición de saber, pero no se confunde con este lugar supuesto (S_2); este, en cambio, se configura en la verdad. El analista, en tanto, deberá hacer funcionar su saber como término de verdad, por ese motivo, dicho saber es un medio-decir, ya es un decir que se opone a toda oportunidad de dominio. Consecuentemente, el Discurso del Analista es el reverso del Discurso del Amo, ya que el saber permanece estatuido para el amo, y sólo le importa que la cosa siga funcionando (Lacan, 2008).

La consideración de estos discursos parecería suficiente, sin embargo, un quinto discurso es agregado por Lacan (1972), años después de haber producido los primeros cuatro: el Discurso Capitalista. Este es un discurso peculiar, ya que configura otro nuevo tipo de lazo social, cuyo matema aparece alterado tanto en el orden de las letras como en el de la vectorización:

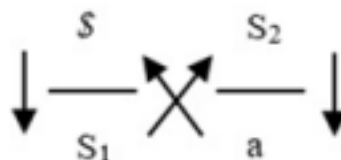


Figura 4. Distribución de los elementos y cambio de la vectorización del Discurso Capitalista

La lectura del matema permite inferir que el sujeto capitalista ($\$$) no está en relación con otro (S_2) sino con objetos (a) que, como explicitan Dipaola y Lutereau

(2015), hiperbolizan su narcisismo, con la condición de consumirlo como sujeto. Como consecuencia de esto, el sujeto parecería invertir al amo (S_1) y, en un sentido, crea la ilusión de ser el amo mientras que, en el lugar de la verdad, el significante amo (S_1) perpetúa su poder a través de un tipo de saber (S_2) que no es demandado por nadie y cuya función es la de producir objetos (a) indefinidamente.

Al llegar a este punto, se puede manifestar definitivamente que no hay nada por fuera de lo discursivo, porque la realidad se conforma a través de la articulación de determinado discurso, que intenta dar sentido a la incerteza sobre la causa fundamental. Lo destacable es el interjuego de discursos; inferir que la radicalidad del concepto no es la obliteración del discurso, la monopolización de una realidad a manos de un discurso, sino

10

que el escollo, la falla o la falta de uno en su indagación por la realidad, puede llevar a una nueva concepción que articularía otro discurso. Es por esto que para Stavrakakis (2007) lo que está en juego es el componente de negatividad e incertidumbre, inherente a la experiencia humana, componente que Lacan (2007) parece escudriñar al explicar:

¿Cómo volver, si no es con un discurso especial, a una realidad prediscursiva? Este es el sueño, el sueño fundador de toda idea de conocimiento. Pero es igualmente lo que ha de considerarse como mítico. No hay ninguna realidad pre-discursiva. Cada realidad se funda y se define con un discurso (p.32).

Es decir que no existe una esencia, una ontología de lo social, sino posibles interpretaciones de la realidad a través de matemáticas, cuyos sentidos serán tomados externamente de otro discurso, debido a que cada elemento está vacío de contenido y, por ende, el sentido del discurso sólo puede ser esclarecido por otro, *a posteriori* (Alvarez, 2003).

Y resulta ser que es a propósito de este ensamble e interconexión de los lazos sociales, de estas explicaciones de lo social, que es necesario indagar de qué manera se relaciona el paradigma de Salud Mental en el marco de los discursos que ordenan y condicionan los lazos sociales. Y cómo puede ser caracterizado, al ser un elemento primordial para el desentrañamiento de los acontecimientos sociales y la subjetividad.

3.2 El paradigma de Salud Mental

El paradigma de Salud Mental es un concepto elaborado por Galende (1997) para la reconfiguración de la psiquiatría clásica, luego de los efectos producidos por las guerras mundiales. Se trata de un momento en el que la psiquiatría clásica, al no haber podido brindar respuestas en clave positivista a los nuevos interrogantes del padecimiento mental, provocó la irrupción de otras disciplinas psicoterapéuticas. El psicoanálisis destaca como una de las principales disciplinas que mostraban una óptica novedosa. Estas disciplinas lograron cuestionar el manicomio como dispositivo de encierro y control (Galende, 2008), y proponer diversas estrategias terapéuticas.

Este viraje en la manera de abordar el padecimiento mental en las décadas de posguerra tuvo en esa época resultados exitosos, gracias a que había sido una estrategia fundada como parte de las políticas públicas del Estado de Bienestar. Propuestas como la denominada política de sector francés, cuyo eje pregonaba sanear psiquiátricos y crear servicios fuera de ellos; la psiquiatría comunitaria anglosajona, en donde se crearon instituciones pioneras en salud mental; o la propuesta crítica y antipsiquiátrica de Franco Basaglia, que llevó al cierre de un hospital psiquiátrico y una nueva ley de salud mental italiana (Galende, 2008).

Estos hechos trascendentales hacen a las diferentes aristas históricas del padecimiento mental, y permiten establecer una relación directa con uno de los cinco discursos, el Discurso del Amo y, en primera instancia, la psiquiatría clásica. Es que el amo, al intentar estatuir un saber y sostenerlo, se relaciona con el saber de la medicina mental clásica, con sus ansias de crear un saber teórico sobre la enfermedad mental que permita consolidar, como interpreta Alvarez (2003), una totalidad. Incluso el mecanismo para hacerse del saber es similar: la psiquiatría se apropia del saber del *loco* y crea una episteme; entretanto el saber del amo, como lo enuncia Lacan (2008), implica la apropiación del saber del esclavo por parte del amo.

Otro punto importante es que este movimiento de apropiación realizado en el Discurso del Amo -y del que la medicina mental es el referente histórico-, no es tanto producir un saber, sino realizar una consolidación de una perspectiva sobre la realidad, o de una parte de ella al menos. Como consecuencia de esto, ocurre el desplazamiento de

11

un saber latente e inconsciente, que es aquel que le fue expropiado al esclavo -o loco- por el amo.

Sin embargo, lo que demostró el paradigma de Salud Mental es la afirmación de un giro del Discurso del Amo, y que la episteme psiquiátrica, que había sido legitimada, fuese puesta en jaque, reconfigurando una nueva razón. Esto se explica así ya que el discurso de la medicina mental es cuestionado frente a circunstancias objetivas que no fraternizan con el lazo social, cohesionador de la sociedad. Es lo que el enfoque formalista de Lacan (2008) permite trazar, al manifestar que en todo discurso hay algo rechazado, como consecuencia de la castración. De hecho, al recordar el Discurso del Amo, se hace evidente que siempre queda algo reprimido, en cada discurso, como lo es el saber del esclavo.

Consecuentemente, es válido afirmar que el giro producido por el Discurso del Amo, donde la psiquiatría clásica se emplazaba, desemboca en el Discurso del Universitario. Es decir que el saber del esclavo que le había sido apropiado por el amo, muta ahora en diversas perspectivas contrarias a la medicina mental, y convergen en el paradigma de Salud Mental de la época de posguerra. Es que el amo moderno del Discurso Universitario implica un todo-saber que se instala como agente de aquella sustracción fundamental del saber del loco, en tanto ese saber está irremediabilmente perdido.

Es necesario un reparo en esta indagación, ya que si bien ubico las prácticas de la Salud Mental de posguerra en un tipo de discurso que necesitó alienar el saber del padeciente, esto en verdad resulta ser un recurso inherente para la construcción de una episteme y una praxis en sentido general en el tipo universitario de discurso. Si se suma además el discernimiento de la complejidad de la vida anímica y que el saber de quien padece es efectivamente inaccesible para él mismo, lo que queda es que el saber sea apropiado -interpretado, analizado, examinado- por el facultativo.

En este punto el Discurso del Universitario se desmarca del discurso del Amo, ya que este impone un ordenamiento de la realidad que subvierte la trascendencia del saber por la prescripción y determinación de un orden de cosas: la psiquiatría dispuso un orden de prácticas centrado en el encierro del loco y su tratamiento moral y reeducativo (Bercherie, 1986). En contraste, otro tipo de discurso utilizó el saber para devolver al padeciente la especificidad de su subjetividad, y representó un cambio revolucionario hacia el paradigma de Salud Mental. De esta manera, plantear que el Discurso del Universitario representa la modernización del Discurso del Amo, como lo expresa Lacan (2008) -quien también lo denomina como el discurso del Amo Moderno-, implica caracterizar la modernidad del discurso bajo ese cariz reformador.

Ahora bien, el curso de la historia reciente demuestra una transformación de la sociedad, a través de los cambios en el Estado y en la sociedad, particularmente a partir

de los años noventa; cuestiones estas que desafían los recursos pasados con los que fructuosamente se habían afrontado las diversas dificultades. Es que, según Galende (1997), “la fragmentación de lo social, el crecimiento de la masa de excluidos de los intercambios sociales, simbólicos y económicos sumados a las transformaciones de lo público, han generado, nuevas formas de sufrimiento mental” (p. 202). En este sentido, la problemática del padecimiento mental estaría relacionada con la fragmentación en lo social de aquellas instituciones que asumían un papel principal para el mantenimiento del lazo social.

Sin embargo, resulta ambiguo pensar que en una sociedad no hay lazo social, o que está íntegramente desintegrado. Probablemente en la década de los noventa, con el desmantelamiento del Estado y los sectores privados que cosechaban sus beneficios (Galende, 1997), esto era posible de ser pensado, frente a la magnitud de los acontecimientos: una sociedad a la intemperie y sus individuos relegados. Pero es posible argüir una digresión de lo argumentado a través de lo trabajado por Dipaola y Lutereau (2015), quienes explicitan que no existe tal fragmentación del lazo social, sino que, por el contrario, este no cesa en su desplazamiento.

En la actualidad no es dable esperar el “individualismo a secas” ni tampoco una “crisis de los grandes relatos”, es una época que está representada por un trastocamiento del tiempo y de los conceptos que de él se derivan: progreso, linealidad, evolución, etc.,

12

configurando una alteración de las nociones modernas fuertemente sostenidas hasta no hace mucho tiempo. No hay instituciones regulativas trascendentales, estatuyéndose en su lugar una normativa que genera lazo social a partir de experiencias y circunstancias que se miden tanto por su afectividad como por su condición de efímeras (Dipaola y Lutereau, 2015). Se es partícipe de una cultura que intenta experimentar todo en un instante. Consumido y descartado en una sucesión muy corta de tiempo.

En este sentido, la sociedad actual nuclea a sus participantes en una consolidación del lazo social que está sostenido por una multiplicidad de narrativas que parecen interceptarse unas a otras, creando una continuidad volátil que se disloca a sí misma: “Lo efímero y lo volátil predomina, pero no como procesos de desintegración, sino como instancias de normatividad inmanente de lo social, sin fundamento último que exige una ex-posición subjetiva permanente, operando en el desplazamiento singular del lazo social” (Dipaola y Lutereau, 2015, p. 12).

Así, es posible ver que mientras en décadas pasadas el sistema capitalista avanzaba separando lo económico de lo social, trastocando la noción de los derechos sociales y las políticas públicas en pos de los criterios de gasto y en detrimento de la necesidad de la cohesión y la solidaridad (Galende, 1997), en el estado actual de cosas, el sistema capitalista se ha entramado en una sociedad de lógica consumista. Una lógica que intersecta la trayectoria de la subjetividad de las personas para que sus experiencias se consuman unas tras otra y converjan en la sensación plena de goce, instancia que desaparece inmediatamente. Es decir, la lógica capitalista comenzó a emplear recursos que transmutan cualquier posibilidad de crítica coyuntural en una experiencia inevitable e incluso, agradable.

3.3 La actualidad del lazo social

Los sujetos, en los últimos lustros, han estado habitando una dinámica en la que el sistema capitalista mutó, haciendo uso de un embellecimiento de recursos, blindando sus consecuencias nocivas. Es a esto a lo que Lipovetsky y Serroy (2015) se refieren cuando explican la determinación de las sociedades consumistas a través de un sistema capitalista de tipo estético devenido del arte y las estéticas comerciales (cine, publicidad,

moda, cosméticos) que, a su vez, están íntimamente relacionadas con una cultura estética de masas, en la que destacan los nuevos valores establecidos: el hedonismo, el entretenimiento, la diversión, etc.

Resulta ser el tiempo histórico de la estetización de los mercados de consumo, donde el capitalismo estético emite indiscriminadamente nuevas modas en todos los sectores, creando sueños, imágenes y emociones a gran escala (Lipovetsky y Serroy, 2015). Y sería peculiar lo descrito, al contrastarse con una actualidad de estragos económicos, ecológicos y sociales, si no fuera por la inferencia de que este capitalismo estético representa una reconfiguración de lo observado en las décadas precedentes. El capitalismo prosigue su obra, y donde antes comandaba a través de normas colectivas morales y religiosas, ahora lo hace mediante la invitación a *aprovechar la vida*, escogiendo entre la cuantiosa oferta de bienes de consumo.

Al arribar de la mano de estas características, el Discurso Capitalista opera como un punto de anclaje para las conceptualizaciones vertidas, al entender que el sujeto pareciera ya no estar en relación con un Otro, ni siquiera a un pequeño otro. El sujeto se relaciona con una variedad de objetos de diversa categoría, que reivindicaban su narcisismo y lo transforman en un objeto pasible de ser descifrable bajo las coordenadas del mercado. De cierta manera, se evade aquí esa particular característica de los discursos que los define como universos inacabados, que emplazan un sentido fundamental sobre los acontecimientos que moldean la realidad.

Es que, al estar elidida -o directamente negada- la antecendencia que supone la otredad, lo que irrumpe es lo que Goldenberg (2014) menciona como la capacidad del Discurso Capitalista de taponar la falta del sujeto con los objetos del mercado, a partir del

13

imperativo: “¡Goza!”. El trastocamiento de la relación con el Otro define entonces un rasgo de época que se desplaza desde el malestar en la cultura, a la que Freud (1992b) situaba -y al mismo tiempo cuestionaba- como la formuladora del mandamiento: “¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!”, a lo que se podría denominar como un impasse ético ya que: “¿En nombre de qué se le puede impedir a alguien que goce?” (Goldenberg, 2014, p.1). Una pregunta valedera, cuando la realidad actual fallidamente sanciona infinitas y beneficiosas posibilidades para realizarse, individualmente.

El lazo social, entonces, se delimita no por el malestar; es decir, es factible observar que las personas no oponen resistencia, sino que intentan adaptarse a esta versión de la realidad capitalista. Realidad que representa, en verdad, una estandarización de las sociedades en general. Esto ya había sido avizorado por Galende (1997) al hablar de una homogeneización de las costumbres y los hábitos, y de un deseo de ser colonizados por un sistema que se eterniza en el presente y funciona universalmente. Como si fuera un efecto inmanente de la coyuntura, aparece una “subjetividad enamorada de lo meramente reproductivo: la sustitución interminable de los mismos objetos, el apego a las modas globales, el acoplamiento a los ritmos impuestos y la pasión por el consumo masivo” (p.99).

Se puede ver cómo, en la actualidad, el embellecimiento de recursos realizado por el capitalismo y del que hablan Lipovetsky y Serroy, ha terminado por eludir la nocividad de este sistema, mientras que en décadas pasadas podía ser señalado más claramente. Es decir que si una persona podía advertir las cualidades negativas al adquirir un producto (quién lo produjo, en qué condiciones, en qué lugar), probablemente pensaría también activamente en realizar alguna acción tendiente a recomponer ese hecho (realizar una acción benéfica, prevenir a otros). Pero en la actualidad, esas intelecciones se ven dinamitadas, ya que el ardid capitalista realiza una operación en la que ya están presentes, en el mismo objeto, esas cualidades positivas.

Así, es el habitual caso de las publicidades de empresas que explican que, en la acción de comprar un objeto hay otra que implica enviar un porcentaje de sus ganancias a

los niños de un país carenciado. Cuestión que hace mella en la subjetividad, debido a que los dos movimientos implican el rechazo del pensamiento crítico: ya está resuelta en el fenómeno consumista la acción que implica su redención. Žižek (2001) comenta que esta situación se debe a la intención que tiene el Discurso Capitalista de deshacerse del Otro: para poder liberarse del Otro opresor, es necesario transformar cabalmente el contenido de la propia proposición con la que se presenta.

Lo que Žižek (2001) explica es que se incurre en la negación de la negación; esto es, no se presenta la conciencia por parte del sujeto de su acción dañina y la recuperación, en consecuencia, de un pensamiento que tenga al otro como fin de esa relación consumista -en tanto el objeto es aquí el fin en sí mismo-. Lo que ocurre es un pasaje de A a B donde se niega A (la acción consumista) sin abandonar sus límites simbólicos. Cuestión que a su vez implica otra negación, que representaría ese espacio común que comparte el corrimiento a B (el pensamiento que tiende al otro) y su negación de A, la primera negación.

Este es un fenómeno común que permite la continuidad del Discurso Capitalista, en tanto parece aparecer sin ningún tipo de falta o agujero que acusar, al producir mecanismos que recalculan su trayectoria alienante.

En este sentido, si se tiene en cuenta la conceptualización freudiana, Assoun (1987) deja entrever que el enclave capitalista exhibe algo muchísimo más perverso que la revuelta contra el padre de la horda primitiva: lo que muestra es el fenómeno de un padre imaginario que desespera hasta el asesinato, y que ordena que se lo practique sin requerirse que se crea en él, en compensación de lo cual se otorga a los individuos un rol, en el despliegue de la vida en sociedad. Esta descripción de los acontecimientos es pasible de ser leída como el desconocimiento que el Discurso Capitalista hace de la castración, en tanto los sujetos están en una relación con objetos que llega a reemplazar a la que tendrían con otros sujetos.

O, en todo caso, la relación con los otros es subvertida y comprendida como un objeto más a consumir en el intercambio incesante que atañe la existencia del sujeto en el

14

Discurso Capitalista. Por lo que la realización del sujeto se daría en la experiencia personalista, donde se trata a los otros como meros objetos. Y resulta ser desde esta óptica que los sujetos encontrarían su rol en el despliegue de la sociedad, razón por la cual estarían sobre los remanentes de las instituciones que supieron mantener a la sociedad moderna. El padre muere -o al menos no es como otrora se lo conocía- y los hijos intentan reordenar su filiación, esto es, la relación entre sus semejantes, al interior de esos escombros.

Por estos motivos, la alienación del lazo social en el sujeto a través de su relación con un objeto de consumo genérico, es el resultado que la fórmula del Discurso Capitalista permite representarnos de esos hijos que administran su filiación en los escombros del pasado. Un sujeto que cobra su vuelo por una relación en la que se conjuga el ideal de la plena finitud consumista con la muerte del Otro. Estos dos factores -la plena finitud consumista y la muerte del Otro- producen una especie de frontera imaginaria, en la que el sujeto engañosamente se autoconcibe como cuando, en realidad, es el sistema capitalista el que produce un saber que condiciona su subjetividad.

En este sentido, la aparente muerte del Otro implica que la relación con el otro semejante se transforme en una experiencia que se consume fugazmente en la inmediatez, para pasar a otra. Ese es, en efecto, un rasgo que implica el tratamiento del otro como un objeto de consumo en el Discurso Capitalista. Y, al perder el registro del Otro, la pérdida de aquello que lo hace propiamente sujeto es también un hecho. Al estar objetalizada la relación con el otro, ¿con quién se identificaría el sujeto? ¿Con un objeto? ¿El objeto vacío del capitalismo?

En todo caso, la transformación del sujeto como un objeto más es efectivamente

interpelada por la noción que hace el psicoanálisis del inconsciente. La división en torno al centro del individuo atañe la acusación a la taxatividad de los preceptos del sistema hegemónico.

3.4 La función disruptiva del inconsciente

Es importante señalar que la articulación entre los discursos y su descripción bajo las diversas características anteriormente desplegadas no soslaya el hecho de que el sujeto es constantemente afectado en el devenir de la historia. El planteamiento de una consolidación del Discurso Capitalista, que determina una normalización de las pautas de la subjetividad actual, implica a su vez la demarcación de una falla de su discurso, ya que, como se ha planteado, no hay un universo único del discurso.

Es que, si los discursos permiten descifrar posibles explicaciones de las vicisitudes del lazo social, la relación del sujeto con esas explicaciones es ambigua, cambiante. Esto se debe exclusivamente a la función de división en el sujeto, la *Spaltung* a la que Assoun (1987) menciona que Freud se refiere y que, además, tiene una función eminentemente social. Esto es así, ya que la división se encuentra fundamentada por el inconsciente como elemento de inadecuación, inadecuación que se extiende por doquier: del sujeto con la palabra, inadecuación interna de la palabra a sí misma; no adecuación externa de la palabra a la cosa, de la identidad del sujeto, y también no adecuación del yo al otro.

La función social de la *Spaltung* hace un especial llamamiento a las proposiciones acerca de la tensión particular-universal, público-privado, e incluso psicoanálisis-política, ya que produce su desvanecimiento en tanto el inconsciente se presenta como exterior e interior a la vez:

El inconsciente freudiano, exterior e íntimo a la vez (extimo), en la estructura de su experiencia, y en la subjetividad que se infiere de la misma, desestabiliza y desborda las oposiciones anteriores. La experiencia del psicoanálisis no apunta a una particularidad inefable, ni tampoco a subsumir lo particular de una posición subjetiva en una experiencia de Saber Universal (Alemán, 2001, p.25).

15

Lo que demuestra el inconsciente es la imposibilidad de una inteligibilidad que encierre una comprensión totalizante. En este sentido, la extrañeza e inadecuación del sujeto representa una apertura a lo divergente, no a esa particularidad inefable que bien señala Alemán, sino a algo que se acerque a la especificidad del sujeto. Como apunta Bleichmar (2004), lo difícil de asir es el carácter para-subjetivo del inconsciente, y que la realidad psíquica ocurre, en sus orígenes, al margen de toda subjetividad y conciencia. Esto constituye el rasgo fundamental de su materialidad, y la posterior necesidad de resubjetivizar el inconsciente en la emergencia del sujeto. De esta manera, se podría pensar que la experiencia de extranjería e inadecuación del sujeto proviene de ese proceso.

A esto se le suma el componente de la socialización en la construcción de la subjetivación del inconsciente, y el hecho de que este proceso ha sido históricamente regulado por los discursos que definen el tipo de individuo necesario para conservar el sistema y conservarse a sí mismo. El interjuego de giros que los discursos del Amo y Capitalista recorren se hace presente: uno que produce un tipo de saber que intenta imponer un *status quo* invariable, y otro que fabrica un saber que despliega objetos de consumo a destajo, respectivamente.

De este modo, es imprescindible una producción subjetiva que produzca, en las condiciones actuales de los tiempos, la capacidad de formar en los huecos, en las fallas y en las filtraciones de esos discursos, una transgresión. Si Assoun (1987) asume que el sujeto de la historia no cesa de ser afectado en su división, “de suerte que el sentido difunto de la historia no le impide buscar, como en un retrovisor, lo que le vuelve en el camino de los efectos de su propia división” (p.113), es porque se puede producir otra lectura del lazo social a través del psicoanálisis, debido a que es él quien invoca permanentemente la muerte de la razón y el hundimiento de la verdad, entendiéndolo por estas nociones la sedimentación del sentido dominante.

La introducción del Discurso del Analista brinda la pauta de ese camino, ya que no produce un despliegue o transmisión de saber, sino que este se emplaza en el lugar de la verdad y hace que el analista -ahora en el lugar del objeto a-, actúe como término de verdad a medio-decir, debido a que el analista se opone a toda posibilidad de totalización del sentido (Savio, 2015). En todo caso, lo que produce el Discurso del Analista es un significativo amo (Candellero, 2017) que puede desarticular el discurso organizado, al haberse establecido el sujeto dividido.

Indagar la desarticulación de los mecanismos dominantes a través del Discurso del Analista comienza a dar la clave para una reestructuración del paradigma de Salud Mental. En este sentido, Carballeda (2012) expresa que el sentido de la intervención es inmanente al modo en que cada época construye los perfiles de transgresión, razón por la cual no es posible obtener los resultados fructíferos de las estrategias terapéuticas de antaño con el estado actual de cosas.

Es así que la intervención del Discurso del Analista es una operación que permite la escritura del principio de inadecuación (Assoun, 1987), donde el sujeto dividido puede dar cuenta de una alteridad que desajusta cualquier atisbo de totalización de discurso. Ahora, la participación de este Discurso como actor principal en el paradigma de Salud Mental necesita ser escudriñada bajo ese espectro. Cuestión que se realiza atendiendo las particularidades del paradigma y analizando qué es lo que permite avizorar en el horizonte de las prácticas y en conjunto con la operación analítica.

3.5 La operación analítica en el paradigma de Salud Mental

Los discursos establecidos por Lacan funcionan como fuerzas en constante movimiento; cada uno de los matemas articulan y construyen realidades, causas ordenadoras, en las que indefectiblemente algo del orden de lo irresoluble asedia. En tanto

16

el Discurso del Amo permite “que la cosa ande”, el Discurso del Universitario cristaliza nociones *ad aeternum*, arrogándose el rol de amo moderno, a la vez que el Discurso Capitalista exige que se consuman constantemente sus objetos. Estos discursos encuentran algo que detiene su marcha y los predisponen a realizar un giro.

El paradigma de Salud Mental es, en este sentido, un interrogante frente a estos discursos: en ocasiones ha sido disruptivo frente a las condiciones que caracterizaban la sociedad y la subjetividad en un determinado momento, al haber sido un emergente crítico de aquellas. Sin embargo, las circunstancias son cambiantes y vertiginosas, y el paradigma parece haber quedado desactualizado y sin respuestas en la coyuntura actual.

En todo caso, lo que sí permite representar el paradigma es la insistencia: un programa que alguna vez logró representar una respuesta al modelo alienante de la subjetividad de la época. Respuesta que contó con variantes teóricas y metódicas en el campo psicológico, pero que confluían en la impronta combativa frente a un estado de cosas. Esta descripción resulta no ser más que el interjuego de los discursos del Amo,

Universitario y Capitalista, atravesados por una noción del paradigma de Salud Mental que recorría a contrapelo aquello que profesaban.

Ahora, al tener presente la marcha de los sucesos actuales tal como han sido oportunamente descritos, el paradigma de Salud Mental encuentra en el Discurso del Analista la posibilidad de su refundación como posición preponderante. Es que Lacan (2008) plantea que este discurso representa el revés de los demás, y si bien es importante remarcar que Lacan propone el Discurso Capitalista luego de ese comentario, el argumento del Discurso del Analista como revés se mantiene imperturbable, ya que funciona como una trama (Candelero, 2017) que permite leer los otros discursos.

Elaborado más apropiadamente, aquello que Lacan (2008) explica es que no hay ningún anverso; el Discurso del Analista no resuelve el elemento divergente de los demás, pero al estar presente el inconsciente aquí, el del Analista es un discurso que permite realizar una operación psicoanalítica capaz de hacer perceptible un agujero, una falta. Y consecuentemente, lo que se logra con esa divergencia del discurso es una función: la función de la ausencia en el texto, capaz de articular la realidad alienable del discurso imperante con lo no dicho (Gonzalez Castro, 2014).

De allí es que estriba la importancia crucial del psicoanálisis, ya que la respuesta no puede ser una operación psicológica-tecnocrática alineada al Discurso Capitalista, efectiva para su reproducción. Y para esto también debe ser enfrentada la argumentación que es la fundadora de esa operación: una explicación que decanta exclusivamente en un mundo representacional que Bleichmar (1997) anticipa, se construye y agota en las tensiones biológicas.

La visión, entonces, que Assoun (1987) le otorga al psicoanálisis como una práctica social escapa ese destino, debido a que comporta un tipo de intervención allí donde el contrato social parece resquebrajarse. Es decir, se puede pensar al psicoanálisis como una herramienta que trabaja sobre lo no-dicho del discurso del sujeto, intentando recomponer o reencauzar eso inarticulable del discurso en el andamiaje del lazo social. Esto es, encontrar otra manera de distribuir la deriva del propio discurso del sujeto, al ser este discurso un elemento intrínseco en la relación con el otro. Es en este sentido que Carballeda (2012) expresa:

La intervención en lo social implica una necesaria articulación entre la subjetividad y los procesos colectivos con un horizonte predeterminado: el de la problemática de la integración.(...) la intervención en lo social expresa la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, (...)a la vez que recupera la importancia de los vínculos de ese sujeto con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construyó discursivamente como hegemónico. Una alteración de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real. (p.117)

17

La resemiotización, como aquí es empleada, se encuentra relacionada con la posibilidad de reorganizar en el sujeto hechos y saberes, es decir, reorganizar aquellos significantes relevantes que fueron relegados, olvidados o rechazados de la realidad, que se impone con la naturalización de las condicionalidades del discurso imperante. Así, la noción de intervención a la que se refiere Carballeda está directamente emparentada con la operación que debe hacer el psicoanálisis como práctica social. Es que, en un sentido, la construcción de una discursividad diferente de la razón dominante, implica esa operación del Discurso del Analista, en la que se toma algo de lo que ha caído de los demás discursos, y que es el punto de partida para una nueva lectura.

Es más, remite a lo que Lacan formula de diversas maneras, desde el inicio de su enseñanza hasta sus postrimerías. No es azaroso indagar, por lo tanto, el desarrollo que expone inicialmente, acerca de la necesidad de restitución de la historia del sujeto como

aquello que se historiza en el presente (Lacan, 1995a). Cuestión también en relación con el modo en que describe al inconsciente, como la parte del discurso concreto en cuanto transindividual que le falta al sujeto, y que puede ser reconstruido a partir de los recuerdos, la semántica o la tradición (Lacan, 2009).

Asimismo se distingue, ya avanzada su obra, la elaboración que Lacan (2004) expone sobre la estructuración de un discurso producido por efecto de lo escrito. En esta proposición, nombra al Discurso del Analista relacionándolo con lo que “a lo que se enuncia como significante se le da una lectura diferente de lo que significa” (p.49). Trabaja sobre una gramática que intenta escribir con lo no-dicho, un discurso que quiebre *lalangue*, aquella simetría que todo ser parlante encuentra como doblez de la causa de su propio deseo.

Se rompe con la captura del discurso imperante del sujeto a través de una escritura que configura, en verdad, una síntesis de elementos que cambian el sentido de lo impuesto. Y es el Discurso del Analista el que puede rastrear ese hiato en los discursos y alterar la gramática discursiva. Pero para que esto ocurra es necesario que el sujeto, posicionado como agente, se interroge su propia estructura subjetiva y pesquise el significante amo.

De manera que, si se evoca el matema del Discurso de la Histórica, el sujeto histórico se dirige a un amo $-S_1-$ orientado por el deseo de saber. Este saber $-S_2-$ es el producto que se desprende, mientras que el objeto a es el elemento que representa la causa del deseo para el Otro, que aparece en el lugar de la verdad. Según Alvarez (2003), este discurso se mantiene en la institución discursiva de la pregunta, al otorgarle la palabra al Otro como lugar de saber reprimido. El sujeto entonces se mantiene solidario a la función amo, mantiene al amo en ese lugar, pero desenmascara esa función que indica la relación del amo con el goce inconsciente.

Esta posición es necesaria para lograr un giro hacia el Discurso del Analista, y que lo rechazado por los demás discursos cobre preeminencia. El objeto a se presentará en el lugar del agente y será el analista el que aparecerá allí, quien no transmite un saber sino que, al haber entablado una labor junto al sujeto, se producirá la mencionada resemiotización, que permitirá un saber que se posicione en el lugar de la verdad.

Este nuevo saber, reconfigurado a partir de la afectación a los discursos, no funciona en clave de verdad liberadora, algo que se dice una sola vez y es asimilado. Lo realmente importante en esta operación es, como ya se ha mencionado, la insistencia. Es que, si se tiene en cuenta los preceptos del paradigma de Salud Mental de antaño, estos no pudieron ser mantenidos, resultando en la descripción de una verdad refundante de prácticas y preceptos, que ahora parecieran solo reverberar.

Pero hasta la misma verdad puede no ser importante, puede ser olvidada, o imbricarse en las prácticas alienantes que manifiesta combatir. Lo realmente importante es que, como no se puede estar por fuera del discurso, el posicionamiento en la verdad se articula utilizando como recurso las características que configuran la funcionalidad del Discurso Capitalista. Y es en ese sentido que la insistencia es el elemento principal de la operación en la intervención del Discurso del Analista.

El paradigma de Salud Mental implica, entonces, una noción que no se agota en lo que fue, sino que forma parte de la acuciante necesidad de producir una discursividad

18

sobre la imposibilidad. E indaga la impotencia en aquellos discursos que satisfacen la perentoriedad para no alojar historicidad, y otros discursos que hacen de la complejidad humana un reducto de transacción productiva. El paradigma de Salud Mental opera a nivel de lo que aparece como estatuido, al encontrar un imposible para construir un saber.

Y, en este sentido, es posible relacionar lo dicho previamente por Carballada, esto es: una intervención que es producida en una época determinada según el perfil de

trasgresión de ese momento, con la afirmación que Galende (1994) expresa al hablar de la necesidad de otro tipo de medicina, una medicina social que “subjetiviza porque entiende que la salud, comprendida en sus aspectos físico, mental y social, sólo es pensable en el tipo de subjetividad que produce una sociedad determinada” (Galende, 1994, p.248). Aquí se observa al autor introducir una concepción de salud que no contempla una división entre lo mental y lo orgánico, como podría ser el caso. Y agrega la importancia del aspecto social, que es inherente para comprender al tipo de sujeto producido por una sociedad y en un tiempo determinados.

Para elaborar esta concepción de medicina social, Galende (1994) contrapone la idea intuitiva acerca de la existencia de una sola medicina, dueña del campo de lo médico, con otra concepción de medicina antropológica y social. Esto es así ya que el progreso científico en la medicina hegemónica trajo consigo la caída de la ideología humanista que la sostenía, cuya función social había sido asegurar la relación del ser humano con la vida y la muerte. En consecuencia, el saber médico termina decantando en una medicalización de la vida, y llega hasta la desobjetivación de la persona, en pos de la objetivación de la enfermedad como ente aislado.

Por lo que la medicina social cuenta con un criterio que implica el abordaje de los elementos heterogéneos en la constitución del sujeto, al tener en cuenta que la subjetividad implica el espectro de lo orgánico, lo subjetivo y lo social. No atañe el reduccionismo de lo subjetivo entendido como una abstracción, sino todo lo contrario: supone una compleja trama de registros que imponen una dialéctica diferente.

Teniendo en cuenta el señalamiento ecléctico de la medicina mental, la centralidad del paradigma de Salud Mental no recorre el camino del reduccionismo a lo psicológico o mental, sino que incursiona en el camino de la especificidad. En el paradigma reverberan las historias de las contribuciones de disciplinas psicológicas no relacionadas con el centralismo de la psiquiatría, en un campo que le fue disputado a ese discurso hegemónico de la época. Lo que se produce es, por supuesto, el giro hacia otra discursividad.

Y es que se podría decir que lo dicho coincide con el Discurso del Analista, porque representa uno de los cinco discursos lacanianos, indicado como el que puede dar cuenta y explicar la falta en los otros. Sin embargo, Alvarez (2002) remarca que el Discurso del Analista también tiene la particularidad de ser efecto del giro de cada uno de los discursos. Lo que quiere decir que cada discurso tiene una razón que intenta articular con esa falta constitutiva, y esto en sí mismo es un acto performativo, es decir, si se hace caso omiso del destino de esas articulaciones en la cuestión central del sujeto.

Como se menciona en el primer apartado, la digresión con respecto al Discurso Capitalista es notable, ya que es el único de los cinco discursos que forcluye la falta, al conformar una apropiación del plus de gozar que no está obstaculizada por barrera alguna (Lacan, 2012). Si se observa la vectorización de su matema, es un circuito que se cierra permanentemente, es una promoción del goce que excluye la categoría de la falta como lógica del deseo. De ahí, está claro, la perentoriedad con la que el objeto colma la división subjetiva.

De este modo, resulta necesario atender tanto las condiciones en las que el paradigma de Salud Mental se encuentra imbuido en la actualidad, como sus características particulares, para identificar que el recurso que cuenta sea pertinente y no genérico. En un sentido, es pertinente fundamentar la operación de resemiotización que se propone el Discurso del Analista. Y también es el puntapié para demarcar e indagar qué tipo de práctica es la que atañe.

Por demás está decir que, la función del analista representaría una ética particular, si es que se tiene presente su particular trabajo, constantemente emparentado a la pregunta por la transgresión bajo las condiciones hegemónicas de la vida actual, y

de los posibles recursos que se derivan como respuesta.

3.6 *Ethos*, Saber y Técnica

En la actualidad, el Discurso Capitalista es la razón dominante, y también es el Discurso del Amo el que funciona como su aliado en la producción de acontecimientos tan novedosos como fútiles. Es por esa razón que la necesidad de un discurso distinto o que, en todo caso, pueda codificar de alguna otra manera, resemiotizar, lo que ya ha sido impuesto, es fundamental. Una de las premisas de la operación que realiza el Discurso del Analista es imponer en el paradigma de Salud Mental un tipo de práctica social que cuente con una ética diferente.

Assoun (1987) explica que, al ser esta operación analítica una práctica social, está en estrecha relación con la ética, cuya definición está delimitada por un conjunto de usos, costumbres y leyes que regulan las relaciones del sujeto consigo mismo y con otros. De esta manera, el psicoanálisis siempre intenta responder la pregunta singular: ¿Cómo vivir? Y, más fundamentalmente: ¿Cómo vivir con otros?

Pero, además, la ética de la operación analítica como práctica social entraña un estilo particular, ya que procura alejarse del código moral de la época. Y, a su vez, está definida por una ética no representada por un sujeto ungido en pura auto-reflexividad, impenetrable a las contingencias y emancipado del contexto social (Sampson, 1998). Lo esencial en la conjugación de estos elementos deviene de la posibilidad del borramiento de aquello que pareciera funcionar correctamente. Lacan (1995b) lo entiende de la siguiente manera:

La ética del análisis entraña el borramiento, el oscurecimiento, el retroceso, incluso la ausencia de una dimensión cuyo término basta decir para percatarse de lo que nos separa de toda articulación ética que nos precede- el hábito, el buen o mal hábito (p.20).

La pretensión de la que habla el seminarista, ese oscurecimiento, es en relación a lo que el sujeto se percata en su entorno, esto es, en la actualidad que le cae en gracia. Puede inferirse que la realidad sobre la que se opera se fija en determinados valores y circunstancias de la época. Y es justamente a propósito de esa realidad codificada en discursos alienantes que la transgresión de la operación se produce.

Es que, lo que esto demuestra es que el Discurso del Analista permite operar en ese nivel, el de la trasgresión. Que, como se dijo anteriormente, no representa una nueva verdad, sino más bien un tipo de discurso que confronta con la necesidad de la falta a lo que simplemente, marcha de manera inexorable. Entraña la necesidad de inscribir la necesidad de discurso y, para llevar a cabo este cometido, es necesaria la histerización de los otros discursos: indagar las condiciones que impone el Discurso Capitalista, acusar su imposibilidad y su aparente destino imperecedero, procurando lograr el desacoplamiento del universo de cada Discurso.

Por estas razones, el Discurso del Analista implica, en definitiva, generar una operatoria de filiación que responda al interrogante de cómo vivir. Si al Discurso Capitalista le es inherente la fragmentación de los lazos sociales, es porque el Otro no permite el reconocimiento del semejante, e instala una fraternidad impotente; allí no hay lugar para la acusación o la ponderación de esa realidad, sólo el sacrificio y la auto-exclusión. Es por este motivo que el Discurso del Analista logra un determinado saber con esa falta, que se le extrae a lo que antes aparecía como totalidad. Acontece entonces la posibilidad de que el reconocimiento del otro semejante permita el registro del uno que hace serie (Alvarez y Colovini, 1994) y, en consecuencia, se resemiotice el lazo social.

Como afirman Colovini y Alvarez (1994), es una operación cuya función primordial es trabajar con la propia pérdida y hacerla recurso. Es esta la práctica que se constituye en el Discurso del Analista, una operación que se funda en su extraterritorialidad, a través de otros Discursos y en la que ocurre un tratamiento de lo real por lo simbólico, donde el analista instituye la histerización del discurso. Es decir, lo que se instituyen son las condiciones artificiales del Discurso de la Histérica, para que el analista pueda hacer semblante en a y buscar acorrallar aquellas certidumbres fragmentadas que germinan en el Discurso Capitalista.

El Discurso del Analista, al hacer uso de los restos de los demás discursos para poder conformar el propio, huye de cierto reduccionismo de la causa; esto es, de una realidad totalizante, un saber-todo. Sin embargo, en este sinuoso camino es dable esperar que el reordenamiento, junto con la resemiotización del lazo social por parte del sujeto, implique una interpretación y el ceñimiento, en consecuencia, de una razón.

Esto resulta tan necesario como problemático, debido a que podría parecer confusa la elaboración de un discurso cuya materia prima es la extranjeridad de sus elementos -los huecos, faltas de los discursos- a la vez que ese mismo discurso intenta sostener una práctica que le es propia. La necesidad recae, por lo tanto, en categorías de análisis de diverso origen que, al no estar estrechamente ligadas al psicoanálisis, impiden caer en el reduccionismo al que indefectiblemente atañe la creación de un discurso. Esto es así ya que es importante comprender que la resemiotización del discurso representa una intervención en la que se implican las disciplinas que atañen a la problemática del sujeto.

De manera que la agenda del paradigma de Salud Mental ensancha los horizontes teórico-técnicos del Discurso del Analista con los que abordar la realidad del sujeto y la relación con los otros. Dicho de otro modo, la especificidad de la operación analítica ocurre en el Discurso de Analista, y es el recurso elemental a través del cual el paradigma manifiesta su actualidad.

Hay una noción que es necesario trabajar en relación a lo ya dicho, debido a que atañe al programa de interrelación entre el trabajo psicoanalítico y el de la Salud Mental en general. La noción de interdiscursividad, como es mencionada por Álvarez (2003), entra en juego para comprender la necesidad de mancomunidad en el trabajo de resemiotización del lazo social. Y más fundamentalmente, es un concepto que remite a una necesidad lógica relativa a la insuficiencia de cualquier discurso para decirlo todo. En este sentido, el paradigma de Salud Mental entiende que esta nueva codificación del sujeto comprende un tipo de clínica que amplíe los horizontes de comprensión.

Ya se ha mencionado al Discurso del Amo y su reducción del sujeto al enfermo, y la decantación, en consecuencia, de la extrema biologización de sus prácticas. Pero es importante distinguir que la ampliación del objeto de conocimiento implica una variedad de esferas y disciplinas en las que el psicoanálisis aparece como formando parte de ellas. A esto estriba la concepción de interdiscursividad, ya que la radicalidad de un saber o disciplina no consiste en superar o aislar a otras, sino en reinterrogar sus propios recursos (Grande, 2002).

Kelman (2020) insiste en esto, y dice que cuando es posible ponerse en falta respecto del saber constituyente se produce un vaciamiento que articula el lugar para otros saberes, otros argumentos, y otras disciplinas. Aquí ya no se habla de interdisciplina; esta implica la complementariedad de saberes y la suplementariedad para la configuración de un saber total. En tanto, la interdiscursividad conlleva la operación lógica de la intersección de conjuntos, en cuyas intersecciones convergen la falta de cada saber, el agujero de otro saber.

Por lo que el trabajo del profesional orientado hacia el Paradigma de Salud Mental supone una interlocución con distintos saberes para escudriñar al sujeto en su integralidad. Es pertinente la negativa de De Sousa Campos (2001) a tomar a la

enfermedad como el único parámetro de análisis de malestar, ya que una enfermedad perturba y hasta mata, pero difícilmente liquida el resto de las dimensiones del sujeto. Es así que los profesionales del Paradigma Salud Mental trabajan sobre una visión de la clínica como una Clínica Ampliada, que tiene los diversos registros en la que desempeña su labor.

21

Es la Clínica Ampliada, que también es una clínica degradada por la Clínica Oficial (De Sousa Campos, 2001), la del Discurso Capitalista, cuyo principal recurso es emplear un saber médico en el interjuego con el Discurso del Amo. En este sentido la Clínica Ampliada -y degradada- es la del sujeto concreto. Y por ende, es también una clínica revisada y revisitada constantemente, debido a aquellos interrogantes que aparecen en la complejidad inherente a la realidad. Son aquellos interrogantes que la medicina oficial no consiguió analizar, ni mucho menos resolver.

La atención se desdobra y se dirige hacia la imprevisibilidad de la realidad, las situaciones siempre cambiantes; y a la estructura, con su saber preciso y seguro. De esta manera, el reconocimiento de la doble dimensión situación-estructura para el entendimiento del malestar es crucial; conjugar el campo de la certezas con el de la imprevisibilidad de la vida (De Sousa Campos, 2001) significa destruir la identidad de la enfermedad, que las facetas y variaciones de la dolencia estén determinada por la lógica de la patología. Esta inferencia lleva a reconocer los límites de un saber estructurado y permite la interdiscursividad entre disciplinas.

La Clínica Ampliada, entonces, se denomina como un espacio que tiene en cuenta distintos saberes: abarca y complejiza conocimientos del discurso médico e integra a la medicina social como una alternativa al discurso hegemónico. Y, sobre todo, representa a una clínica orientada al sujeto concreto en donde, en lo concerniente a la salud mental, la operación analítica instaurada por el Discurso del Analista abre un camino al disenso del derrotero alienante. Así como lo trabajan Fjeld y Tassin (2017) en relación a la obra de *Rancière*:

Toda situación es susceptible de ser agrietada en su interior, reconfigurada bajo otro régimen de percepción y de significación. Reconfigurar el paisaje de lo perceptible y de lo pensable es modificar el territorio de lo posible y la distribución de las capacidades e incapacidades. (p.8).

La especificidad del Psicoanálisis en el Paradigma de Salud Mental es fundamental, ya que introduce al inconsciente como el elemento esencial de la práctica, permitiendo poner en evidencia la sobredeterminación del sujeto en la conformación del lazo social. Así, el borramiento al que alude Lacan (1995b) implicaría la disyunción del Discurso Capitalista con respecto a lo simbólico. Una manera diferente de tratar con lo real, al resubjetivizar las condiciones de lo posible.

En este sentido, el carácter para-subjetivo del inconsciente, tal como es descrito por Bleichmar (2009), justifica el borramiento de las reglas de lo cotidiano. Permite que la operación analítica problematice la imposibilidad del discurso imperante, acusando las condiciones por las cuales el lazo social se articula de determinada manera en la actualidad. Es por ello que la subjetividad no es la herramienta ni el concepto nuclear del quehacer psicoanalítico, aunque sea uno de los principales elementos con los que trabaje. La división del sujeto es equidistante de las normas a las que la subjetividad es conformada y regulada.

Esa característica del inconsciente es necesaria para comprender la operación del Discurso del Analista, ya que la resubjetivación es a propósito del funcionamiento del inconsciente como ajeno a toda significación. Así, la resemiotización implicaría la reescritura del lazo con el otro que, como dice Assoun (2001), no es más que el

reconocimiento de una lógica no monista e inteligente con uno mismo. El reconocimiento de un nuevo posicionamiento por parte del sujeto está dado por el registro de un otro, un otro semejante, que es, por supuesto, el elemento que está obturado en la relación capitalista.

Producir una práctica que permita la reescritura del lazo social es el fin último del Discurso del Analista. Para poder lograr el cometido, el paradigma de Salud Mental es el punto de anclaje histórico, que determina la interdiscursividad como recurso de desentrañamiento de la problemática de la fragmentación del lazo social, y del padecimiento que ocurre en consecuencia. En este sentido, la especificidad del

22

psicoanálisis se presenta en la mencionada operación de resemiotización del Discurso del Analista, cuestión que, a su vez, implica el reconocimiento de la intersección de saberes y los interrogantes que acusan a cada saber.

Al ser el resto -la falta- el precursor del Discurso del Analista, este permite confrontar al Discurso Capitalista, que aparece como un discurso totalizador de la realidad, debido a que no reconoce la falta. Hecho que hace del sujeto un reducto del mandato objetualizante, en tanto es imposible articular un lazo con el otro si el yo satisface sus propias necesidades: nada allí falta.

Entonces, frente a las circunstancias actuales, la subjetividad se desenvuelve en los mandamientos de la explotación, el éxito y el consumo infinito. Decantando en un fenómeno alienante del sujeto con respecto al otro, y se avizora que el padecimiento mental está ligado al desconocimiento de lo extraño en sí (Assoun, 2001). De lo que se trata, en definitiva, es de reescribir otro tipo de discurso que vuelva obsoleto el desconocimiento y permita un registro del otro.

Resemiotizar el lazo social es inscribir un nuevo mundo de capacidades transformadoras en el sujeto. Alejarse de la coacción de los mandamientos capitalistas también consolida la distancia de lo que Dubet (2020) denominó las pasiones tristes: la frustración y la indignación por la desigualdad, la pobreza y la exclusión social, la veneración al rico y el odio al pobre. El registro del otro implica la historización del sujeto, en tanto se produce la transmisión de los conocimientos, de los errores y, posiblemente, de las soluciones a los problemas que, tal vez ahora, parecen novedosos.

Bleichmar (2009) explica que los enigmas de los seres humanos, aunque sea bajo diversas formas, siempre versarán sobre los mismos temas, en tanto nacen de dos deseos ajenos. Si se reescribe esa sentencia, probablemente los enigmas de la humanidad siempre sean los mismos, porque su deseo nunca está supeditado a uno mismo, en la conjugación con las circunstancias de la realidad. Entonces, es para el reconocimiento de esos enigmas -esto es, lo que parece cortado de otros discursos-, lo que hace hueco y mella en la subjetividad de una época, que la dimensión del paradigma de Salud Mental es un recurso inalienable de la condición del sujeto.

23

4 Conclusiones

El presente Trabajo Integrador Final permitió realizar un análisis del paradigma de Salud Mental en la actualidad. Para esto se realizó una caracterización desde el psicoanálisis a partir de los cinco discursos elaborados por Lacan. De este modo, fue posible indagar las condiciones en las que el paradigma se desplegó en el pasado, y su consecuente comparación con aquellas condiciones que demarcan el presente y posibilitan su ubicación en la coyuntura.

Desde la corriente psicoanalítica, es posible hacer un análisis que implique al

sujeto y su relación con el otro, donde el sujeto representa un elemento estructural en el espacio que comprende a la sociedad. En este sentido, los cinco discursos hacen de base para la comprensión de las complejidades y fluctuaciones de los momentos históricos. Cada uno de ellos procura plantear certidumbres sobre la causa del funcionamiento en sociedad. Certidumbres que siempre resultan fallar, ya que indefectiblemente hay una falta, un hueco en el discurso, que connota el hecho de que no hay universo del discurso.

Es que, el fenómeno a través del cual en los discursos hay un resto, algo que no encaja, permitiendo hablar de la falta en el discurso, hace posible que se produzca un interjuego de discursos. En cierta manera, expresan las dificultades de cada uno de ellos, a la vez que colisionan sus preceptos unos con otros, provocando la elucidación de sus condiciones de posibilidad. Esto es lo que ocurre en cuatro de los cinco discursos, a excepción del Discurso Capitalista.

Este escrito, entonces, intentó dejar en claro la particularidad de que nada parecería faltarle al Discurso Capitalista, debido a que el eje central del sistema capitalista es el hecho consumista. Esto produce la afectación de la subjetividad, en tanto el sujeto se vincula con el objeto -efímero, fácilmente reemplazable- y no con un otro semejante. De aquí a la obliteración del Otro, el Gran Otro, hay solo un pequeño paso. Y si en cierta manera se plantea la muerte del Otro en el Discurso Capitalista, es porque no hay castración: un discurso que reemplaza la relación del sujeto construyendo un falso enlace entre el sujeto y el hecho consumista.

Sin embargo, hay algo que resulta bastante claro: el Discurso Capitalista permite entrever una interrogación, al acusar la imposibilidad que representaría la completud de su discurso. La interrogación, por ejemplo, del interjuego que hace con el Discurso del Amo, en tanto este lo asiste con su saber, al crear objetos y estados de sometimiento del sujeto por el objeto, es una pregunta que ausculta la hegemonía discursiva. De lo que se desprende que es posible realizar una determinada operación en la que la predominancia del paradigma de Salud Mental recobre su poder reconstitutivo.

El posicionamiento entonces de la operación decanta en que debe llevarse a cabo una intervención desde el psicoanálisis que permita la resemiotización por parte del sujeto del Discurso Capitalista. Es decir, de la parte del Discurso que aliena al sujeto y le impide pensar siquiera, en otro orden de posibilidades y capacidades. Lo que brindaría el Paradigma es poder afrontar ese tipo de intervención en lo social de la mano de la interdiscursividad, que no es más que la posibilidad de reconocer los propios límites de la disciplina para poder, gracias a ello, alojar en ese espacio de incerteza o desconocimiento, un tipo de conocimiento diferente.

Este Trabajo Integrador Final intentó explicar razones de un análisis que complejiza al sujeto y lo posiciona como un elemento preeminente de la sociedad. La central noción del paradigma de Salud Mental lo ubica como centro del bagaje de las potencialidades, captando las complejidades de la coyuntura a través de los discursos. Las vicisitudes en la que se ve envuelto el sujeto, las condicionalidades del Discurso Capitalista y las posibilidades de generar una disonancia con la naturalización de la fragmentación social, encuentran un camino sinuoso en el interjuego de discursos.

Pero las múltiples sobredeterminaciones del sujeto, configuran el punto de partida para comprender que, en el ordenamiento y análisis de estas circunstancias, las potencialidades de transformación de la discursividad del sujeto encuentran una divergencia con respecto al Discurso Capitalista. El porvenir del sujeto no se halla en la

fragmentación de experiencias, el sinfín de objetos a consumir, o el apesadumbramiento de lo meramente reproductivo. El desafío del sujeto es captar la imposibilidad del discurso, abollarlo, atravesarlo y transformarlo en su revés. De lo que resulta el registro de una alteridad que instituye al Discurso del Analista como herramienta que perfora la

capacidad totalizante del Discurso Capitalista. En tanto en el paradigma de Salud Mental se articula como un recurso que aúna el pasado que fue, con el presente que está siendo escrito.

25

5 Referencias bibliográficas

- Alemán, J. (2001). *Huéspedes del porvenir*. Altamira.
- Alvarez, A. R. (2003). *El lazo social. Su formalización en las teorías de los discursos de Jacques Lacan* [Universidad Nacional de Rosario].
<https://bibliotecas.unr.edu.ar/pdfjs/web/viewer.php?file=..%2F..%2Fdocumentos%2Fpsicologia%2Ftesis%2F2.pdf>
- Alvarez, A. R., & Colovini, M. (1994). *Razones de psicoanalistas en prácticas comunitarias*. Universidad Nacional de Rosario.
- Amarante, P. (2006). *Locos por la vida: la trayectoria de la reforma psiquiátrica en Brasil*. Madres Plaza de Mayo.
- Assoun, P. L. (1987). *Aspectos del malestar en la cultura*. Manantial. Assoun, P. L. (2001). *Introducción a la epistemología freudiana*. Siglo XXI editores. Bercherie, P. (1986). *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del poder psiquiátrico*. Manantial.
- Bleichmar, S. (2009). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topia. Bleichmar, S. (Ed.). (Noviembre-Marzo 1997). *Acerca del "malestar sobrante"* (Vol. 7, Número 21). Topia.
- Bleichmar, Silvia (Ed.). (Abril-Julio 1997). *Los caminos insospechados de la adaptación* (Vol. 7, Número 19). Topia.
- Candellero, R. (2017). *Una redefinición posible de la clínica psicoanalítica y del diagnóstico a partir de la teoría de los cuatro discursos de Jacques Lacan. Diversidad de enfoques entre analistas freudo-lacanianos*. Universidad Nacional de Rosario.
- Carballeda, A. J. (2012). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Paidós.
- De Sousa Campos, W. G. (2001). *Gestión en salud: en defensa de la vida*. Lugar Editorial.
- Dipaola, E. M., Lutereau, L. (2015). *El discurso capitalista y el goce de lo que se consume: Lacan y la cultura contemporánea*. Diferencia(s), 1 (1).
<http://www.revista.diferencias.com.ar/index.php/diferencias/article/view/8>
- Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Siglo XXI editores.
- Fjeld, A., & Tassin, É. (2017). *Jacques Rancière*. Katz.
- Freud, S. (1992a). *Obras completas XX. Presentación autobiográfica, Inhibición, síntomay angustia, ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, y otras obras (1925-1926)*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992b). *Obras completas XXI. El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras (1927-1931)*. Amorrortu.
- Galende, E. (1994). *Psicoanálisis y Salud Mental: para una crítica de la razón psiquiátrica*. Paidós.
- Galende, E. (1997). *De un horizonte incierto: Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*. Paidós.
- Galende, E. (2008). *Psicofármacos y salud mental. La ilusión de no ser*. Lugar.
- Goldenberg, M. (2014). *El Malestar del Otro. Época y pulsión*.
<https://www.lacan.com/goldenberg.htm>
- Gonzalez Castro, P. G. (Ed.). (2014). *Análisis Lacaniano del discurso: una herramienta metodológica "alternativa, innovadora y subversiva"* (Vol. 4, Número 1). Teoría y crítica de la psicología. <https://www.teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/146/135>
- Grande, S. (2002). *Clínica e Institución*.
- Kelman, M. (Ed.). (2020). *No sin la clínica* (Vol. 2, Números 119–131). UNR.

técnica de Milán, el 3 de febrero de 1973. Aparecida en la obra bilingüe Lacan in Italia 1953- 1978. En Italie Lacan, Milán, La Salamandra, 1978, pp. 58-77. École lacaniennedepsychanalyse. https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/Lacan_Milan_3-fevrier_1973.pdf

Lacan, J. (1995a). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 1: Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Paidós.

Lacan, J. (1995b). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 7: La ética del psicoanálisis (1959- 1960)*. Paidós.

Lacan, J. (2004). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 20: Aun (1971-1972)*. Paidós.

Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 17: El Reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. Paidós

Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Siglo XXI editores.

Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Paidós.

Lacan, J. (2021). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 16: De un Otro al Otro (1968-1969)*. Paidós.

Lipovetsky, G., & Serroy, J. (2015). *La estetización del mundo: Vivir en la época del capitalismo artístico*. Anagrama.

Sampson, A. (Ed.). (1998). *Ética, moral y psicoanálisis* (Vol. 7, Número 1). Revista colombiana de psicología. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/16055/16936>

Savio, K. (2015). Aportes de Lacan a una teoría del discurso. Folios, 42. <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n42/n42a04.pdf>

Stavrakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Prometeo.

Tonkonoff, S. (2021). Teoría más allá de la teoría. El movimiento posestructuralista. Enfoques,33(2).http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_artt_ext&pid=S1669-27212021000200033

Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología*. Paidós.